

# SILENCIO AL AMANECER

Por Carlos Piserra Velasco

SILENCIO AL AMANECER es una historia imaginaria que se adentra en el futuro con retazos de la vida real. Andrés es un viejo pínfano que ingresa en una Residencia, en donde recibe las visitas de su nieto y las atenciones de su cuidadora.

*SEGUNDO PREMIO DEL CONCURSO DE RELATOS VII DÍA DEL PÍNFAÑO.*

*Padrón, 7 de Mayo de 2010*

Amanecía. Un cielo azul, semejando una inmensa carpa cubría toda la sierra de Madrid, en donde habían proliferado las llamadas “Residencias para Mayores”. Pero, ¿que mayor se tenía que ser para ingresar en una? Andrés tenía 85 años y no se consideraba mayor. Sin embargo, hacía unos meses que sus hijos, Carlos y María, habían decidido ingresarle en la “Residencia Los Cármenes”, sin duda una de las mejores. Estaba situada en un lugar privilegiado, desde donde se contemplaban unos amaneceres espectaculares, captándose la salida de los primeros rayos de sol con singular belleza. Como todas las mañanas, Anita, después de dar los últimos toques al aseo personal de Andrés, le sentó en la silla de ruedas y le colocó frente al ventanal desde el que gustaba contemplar la espléndida vista que se divisaba de la carretera que subía hacia el puerto de Navacerrada. Su mirada se posó en el primer coche que divisó a lo lejos siguiéndolo con la vista hasta que se perdió detrás de una curva. Volvió al punto de partida observando un nuevo vehículo, esta vez una furgoneta blanca, con la que repitió la misma operación. Y así una y otra vez.

Llevaba en la Residencia desde antes de la primavera de aquel mismo año, y a pesar de la resistencia que opuso, no tuvo más remedio que aceptar lo que ya habían decidido sus hijos. Los tiempos habían cambiado mucho, y las formas de vida no eran las mismas que había conocido de pequeño. Recordaba que cuando salía del colegio en que estaba interno y se juntaba con sus amigos, jugaban con el abuelo que convivía con ellos. Solo Pablo, el más pequeño de sus nietos al que se encontraba muy unido, le dio ánimos como si fuera a la guerra : ¡No te preocupes abuelo!, que cuando llegue el verano y vayamos a Becerril, iré a verte todos los días.

Recordaba con frecuencia su paso por los Colegios de Huérfanos del Ejército, en los que ingresó cuando su padre, militar de profesión, falleció en

un fatídico accidente. La situación en que quedó su madre, viuda con tres hijos pequeños, era desesperada y no tuvo más remedio que mandar a sus dos hijos mayores primero, y luego al más pequeño, a los colegios de huérfanos. Gracias al Ejército los tres habían conseguido salir adelante. Luis, el mayor, siguió la carrera de su padre ingresando en la Academia de Zaragoza. María estudió medicina, y Andrés, el pequeño, cursó la carrera de comercio, destacando en el sector del seguro agrario, llegando a ser director de una importante empresa. Comentar anécdotas y sucesos sobre los colegios en que había estado, era un tema que gustaba a su nieto Pablo, con el que pasaba gran parte de su tiempo, procurando no caer en la figura del “abuelo batallas”.

Además de las visitas de su nieto, otra satisfacción que tuvo al ingresar en la Residencia fue conocer a la cuidadora que le habían asignado. Anita era una hermosa serrana, atractiva y lozana, de abundante delantera y escote generoso, que le alegraba la vida cada vez que revoloteaba a su alrededor, y más cuando se inclinaba sobre la cama para ayudarlo a levantar. No pasaba de la treintena y ya había tenido más de una relación sentimental, pero ya no era como antes “hasta que la muerte nos separe”, sino que “al terminarse el amor” cada uno se iba por su lado. ¡Ay, Anita, si yo tuviera cincuenta años menos, jamás te dejaría escapar! Ahora era un coche rojo el que circulaba por la carretera en dirección al puerto de Navacerrada. ¡La de veces que la había recorrido cuando salía de viaje para visitar a sus clientes de Segovia!

A decir verdad sus hijos venían a verle todos los fines de semana, excepto cuando sus ocupaciones o las condiciones meteorológicas no lo permitía. Su nieto Pablo siempre venía a verle, ora con sus padres, ora con sus tíos, pues sus hijos, Carlos y María se turnaban en las visitas. Así habían pasado varios meses desde que llegó a la Residencia, a la que poco a poco se fue acostumbrando, y en ello mucho tuvo que ver Anita.

Vio llegar la primavera vistiendo los árboles y plantas con sus mejores galas. Los árboles lucían un manto de hojas verdes y frescas, el suelo cubierto de césped semejava una inmensa alfombra verde, y las flores alegraban la vista de los residentes cuando salían a pasear por los jardines que rodeaban la Residencia. ¡Ya falta poco abuelo!, le había dicho su nieto la última vez que vino a verle. ¡Pronto me darán las vacaciones y nos vendremos a la sierra!. Solo pensarlo le producía una inmensa alegría. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que hasta que no estuvo cerca de la habitación no oyó la voz de su nieto.

¡Abuelooooo.....que ya estoy aquí! De repente se abrió la puerta y Pablo entró como un cohete para abrazar a su abuelo. ¡Pirata!, exclamó Andrés cariñosamente, ¿de modo que ya estáis en el chalet de Becerril? (y mientras esto decía pensaba “¡claro, en mi chalet, que lo compré yo!). Si abuelo, ayer

tarde llegamos nosotros y mañana vendrán los tíos y los primos. ¿Y no hay un sitio para mí? Se arrepintió de haberlo dicho, pues el niño no entendía de aquello. La pregunta quedó en el aire sin contestar al abrirse oportunamente la puerta y aparecer Anita que había oído las voces de Pablo, a quien había cogido un especial cariño. ¿Vais a quedaros en la habitación, o preferís salir al jardín?

Sin esperar la respuesta cogió la silla de Andrés y le sacó al jardín seguidos de Pablo, y cuando estuvieron confortablemente instalados a la sombra de un pino, inició la conversación preguntando a su abuelo. ¿y en el primer colegio que estuviste al morir tu papá, estabais juntos niños y niñas? Si, y fue una suerte, recuerdo que algunas eran muy guapas y nos las echábamos de novias. ¿De novias?, preguntó extrañado Pablo. Bueno, es un decir, de preferidas o algo así. Cuando las mamás nos llevaban “paquetes”, ya sabes, galletas, leche condensada, chocolate..., lo compartíamos con ellas, y a veces jugábamos juntos. ¿Y a ti te gustaba alguna? ¡Pues claro Pablo, tu abuelo ha sido muy ligón! Había una que se llamaba María. ¡Anda, como mamá! ¿Pusiste a mamá su nombre por ella? No, fue una casualidad, pues cuando cambié de colegio no la volví a ver hasta pasados cincuenta años. ¡Venga Pablito, que tengo que llevar a tu abuelo al comedor!, exclamó Anita, que se había deslizado hasta ellos sigilosamente. ¡Jo, que fastidio!, bueno, ya me contarás como os volvisteis a encontrar después de tanto tiempo, le dijo a su abuelo a la vez que le daba un beso de despedida.

Mientras Pablo se dirigía a coger la bicicleta que había dejado a la puerta del jardín, Anita empujó la silla hacia la entrada de la Residencia. Andrés, ha tenido mucha suerte con tener un nieto como Pablo, pues es un chico estupendo. Si, Pablo y tu me estáis alegrando los últimos años de mi vida, y mira, ya no me parece tan mala la Residencia.

Y así fueron pasando los cálidos días del verano. Algunos fines de semana sus hijos le llevaban al chalet a pasarlos en familia, pero el que no faltaba ni un solo día era Pablo, cumpliendo así su promesa de ver a su abuelo todos los días mientras estuvieran en la sierra. Andrés estaba feliz, los amaneceres le alegraban al ver a su Anita traerle el desayuno y sentirla cerca cuando se inclinaba para colocarle la servilleta. ¡Dios mio, que mujer!, exclamaba sin apartar la mirada. Y luego venía Pablo, a que le contara cosas de los colegios en que estuvo de pequeño.

¡Abueloooooo...! Esta vez sí oyó a su nieto que como una tromba entró en la habitación. Sabes abuelo, hoy me quedaré a comer contigo, pues mis papás y los tíos se van a pasar el día a Segovia. Querían que fuera con ellos, pero yo les he dicho que no, que tenía que venir a verte. ¡Bien dicho pirata!, lo vamos a pasar estupendamente. Primero, dile a Anita que hoy no comeré en el comedor, y que nos suba dos menús a la habitación, que tengo un invitado

muy especial. ¡Ah, y que le añada un par de helados! Ya está, ya se lo he dicho. ¿Qué me vas a contar hoy?

Pues mira, una historia apasionante que sucedió en el segundo de los colegios en que estuve cuando tenía tu edad. Se llamaba Colegio de la Inmaculada, y allí se estudiaban los cuatro primeros cursos de bachillerato. Ya no éramos niños, pero tampoco mayores, y no podíamos salir solos a la calle. Jesús, Pedro y Manuel eran de los mayores, y algunas veces les habían pillado fuera del colegio. Estaban hartos de estar encerrados y planearon escaparse para ir muy lejos del colegio. Durante algún tiempo reunieron algún dinero y algo de comida, y un buen día lo hicieron, ¡vaya si lo hicieron! Se llevaron las capas y ropa de abrigo, pues aunque era el mes de mayo todavía hacía frío, especialmente por las noches. Además Pedro se llevó una pistola que había encontrado en su casa.

Al principio todo fue bien, gozando de su recién estrenada libertad. Se dirigieron a Badajoz, y al pasar por los pueblos, compraban pan y comida descansando en los prados que había al lado de la carretera. Dormían en casetas abandonadas utilizando las capas y ropa de abrigo como mantas, lavándose y bañándose en los manantiales y ríos que encontraban en su camino. Pero al terminarse el dinero y la comida, no se les ocurrió otra cosa que matar a una oveja de un rebaño que pastaba tranquilamente en un prado. Le quitaron la piel y la ensartaron en un palo, asándola como los vaqueros en las películas del oeste.

Les supo a gloria, pues llevaban dos días sin comer, pero el pastor que cuidaba el rebaño dio la voz de alarma y les denunció a la Guardia Civil, que ya tenía noticias de su desaparición. Al llegar al colegio fueron castigados, pero contentos porque allí no les faltaba de nada. Pablo, que había escuchado muy atento, le preguntó ¿y tú no fuiste? Bueno, lo llevaron con mucho secreto, y cuando nos enteramos, algo de envidia si me dieron, pero después me alegré no haber ido, pues al final lo pasaron muy mal.

Aquel día de finales de agosto Pablo llegó más temprano que otros días. Después de besar a su abuelo le explicó, abuelo, hoy he venido antes porque voy a ir con mi padre a que me hagan una prueba para jugar al fútbol. ¡Caramba!, exclamó Andrés, ¡voy a tener un nieto futbolista! Y esto le dio pie para contar que en otro colegio, el de Santiago, algunos alumnos jugaban en clubes de fútbol, incluso de segunda división. Recuerdo uno, José Luis Barreda, que perteneció a la cantera del Real Madrid. Y tú abuelo, ¿no jugaste al fútbol? ¡Claro que si Pablito!, al fútbol y a otros deportes, ¡yo era muy deportista! Era el portero del equipo y jugábamos contra otros colegios, como el de huérfanos de la Policía o de Marina al que llamábamos el CHA, a diferencia del nuestro que era el CHOE.

El verano tocaba a su fin. Anita, ¿qué colonia usas, que huele tan bien? Nada de colonia Andrés, agüita clara y limpia de la sierra con jabón de lagarto, le contestó con ese desparpajo que tanto gustaba oír. Le encandiló ver como se contoneaba levantando la persiana y descorriendo las cortinas. Ya quedan pocos días para que se terminen las vacaciones, y hoy le voy a poner muy guapo para cuando venga su nieto. Lo que tu digas Anita, yo me dejo hacer por ti lo que quieras. Hecho un primor, oliendo a limpio con un pequeño toque de la colonia que Andrés guardaba celosamente en su armario, fue como le encontró Pablo cuando llegó dando sus consabidas voces.

Abuelo, me dijiste que habías vuelto a ver a María, la niña que te gustaba de tu primer colegio. ¿Cómo la encontraste? Todo fue casual. Nos reunimos un pequeño grupo y organizamos un Encuentro a los cincuenta años de haber salido, creando una Asociación de antiguos alumnos de ese colegio que se llamaba de Las Mercedes. Nos reunimos un montón de antiguos alumnos y alumnas, entre las que se encontraba María. El Encuentro fue muy emotivo con todos, pero revistió un especial significado con ella. ¡Qué historia tan bonita! ¿Y qué pasó después?

Pasados seis años un antiguo alumno que había creado una Web para los pínfanos tomó contacto con nosotros, y juntos creamos una Asociación de carácter nacional. Mira, ayer me llamó el Delegado de Madrid para decirme que vendrán a verme en septiembre para contarme cosas del Día del Pínfano de este año. ¿Te he contado en que consiste? Siiiiii, abuelo, me lo has contado muchas veces. Es la Fiesta Grande de la Asociación, hay una cena o copa de bienvenida, se celebra la Asamblea General, se canta la muerte no es el final, se hace turismo, se celebran concursos, y al final os despedís en la comida del adiós. ¡Qué bien te lo has aprendido Pablito!, ¡Pues claro abuelo, me lo has contado montones de veces! Si, pero se te ha olvidado algo, ¡Los campeonatos de mus y ajedrez!, que precisamente propuse que se celebraran en la Asamblea del VI Día del Pínfano en Málaga. ¿Y los has ganado alguna vez? Alguna, alguna Pablito, pero no me acuerdo cuantas.

Y terminaron las vacaciones. Andrés echo de menos las visitas de su nieto, que volvieron a espaciarse hasta los fines de semana. Los días en septiembre eran más cortos y las hojas de los árboles comenzaban a teñirse de ocre y amarillo. Los días transcurrían lentamente mientras la sierra se dormía en su letargo invernal. Por las tardes le embargaba un halo de nostalgia al recordar a su nieto, oyendo al atardecer mugir letanías de silencio a las vacas de un prado cercano.

Aquel día del mes de septiembre iba a ser muy especial. El día anterior recibió una llamada de Ernesto, el Secretario de la Asociación para decirle que si no había inconveniente él y José Antonio, el Delegado de Madrid, le irían a visitar. La noticia le produjo una gran alegría y desde entonces no pensaba en

otra cosa, pues este año su salud no le permitió asistir al Día del Pínfano. Le habría gustado participar, como hacía todos los años, pero en mayo no se encontró con fuerzas para desplazarse a Cádiz, lugar en que este año se celebraba el magno acontecimiento. Pasadas las doce de mediodía llegaron a la Residencia Ernesto y José Antonio, eran la nueva savia de la Asociación por la que tanto habían luchado. Venían acompañados de una mujer que rondaba los cincuenta.

Mira Andrés, le dijo José Antonio muy ceremonioso en su cargo de Delegado, es Paloma, una pínfana que recientemente se ha incorporado a la Junta Directiva y que ha querido venir a conocerte. Paloma se acercó y le estampó un par de besos a la vez que Andrés exclamaba ¡pero si eres una chiquilla muy guapa!, y sacando su talante conquistador no pudo por menos que añadir, ¡me hubiera gustado conocerte hace treinta años! Aquí se come temprano, así que os quedáis a comer, espetó Andrés a continuación sin dar opción a réplica. He pedido que nos preparen una mesa para los cuatro, y mientras comemos me contáis como ha sido este año el Día del Pínfano, el XVI ¿no? No Andrés, corrigió Ernesto, el XVII. El I fue en el 2004, y estamos en el 2020.

Durante la comida los tres visitantes comentaron de forma pormenorizada como había transcurrido el XVII Día del Pínfano que como ya sabía Andrés se había celebrado en Cádiz con visitas a Jerez y Doñana. En el programa tradicional se habían ido introduciendo algunas novedades, como los Campeonatos de mus y ajedrez. Durante el año tenían lugar las fases eliminatorias en las diferentes Delegaciones, y los ganadores competían durante la celebración del Día del Pínfano, siendo premiados los tres primeros clasificados. ¿Quién gana este año el campeonato de mus?, preguntó Andrés intrigado. Manu Delgado, le contestó solícita Paloma. ¡Ah, Manu!, buen jugador, en dos ocasiones nos arrebató el título. ¿Y dónde se ha decidido celebrar el XVIII Día del Pínfano? Probablemente sea en Segovia, se apresuró a contestar José Antonio, aunque algunos proponían Canarias, pero se ha decidido dejarlo para más adelante. ¿Y en Segovia hubo un colegio de huérfanos? Preguntó intrigada Paloma. Si, dijo Andrés, que se conocía todos al dedillo, no exactamente en Segovia, sino en Santa María de Nieva, un colegio para varones donde se estudió primaria y bachillerato. Seguro que lo organizarán muy bien, pues Segovia tiene mucho que ver. Cuando se despidieron a media tarde, Andrés no pudo contener las lágrimas agradeciéndoles la visita que le había hecho pasar un rato tan agradable. Todavía en la puerta, sintió a su lado el tibio calor del cuerpo de Anita que cariñosamente apoyada en su hombro le empujaba hacia el interior de la Residencia. ¡Vamos Andrés, es Vd. un sentimental, vamos para dentro que ya empieza a refrescar!

El otoño llegó silencioso, de puntillas, como si no quisiera llamar la atención. Por el jardín se extendía una tenue neblina cuya transparencia permitía adivinar sus árboles y plantas, y cuando salía tímidamente el sol, exhibía su manto de hojas secas. Su frágil atadura cedía a la embestida del viento o de la lluvia, cayendo alrededor de los árboles en montones desiguales cubriendo el césped y los caminos de tierra. Las flores, marchitas en su hermosura, se deshojaban cayendo al suelo fatigadas, conscientes de haber cumplido su ciclo vital. Hojas y flores revoloteaban en el aire y caían al suelo dibujando formas arabescas difíciles de descifrar.

Como todas las mañanas, aquel sábado de noviembre, Anita entró a oscuras en la habitación de Andrés y comenzó a levantar la persiana y a descorrer las cortinas. Las gotas de una tenue y pertinaz lluvia empezó a cubrir los cristales de la ventana. ¡Vamos Andrés, que hoy es sábado y vendrá a verle Pablito! Cuando se giró y miró hacia la cama tuvo una premonición. Andrés permanecía inmóvil tendido en la cama sin incorporarse como era su costumbre.

Se acercó con cautela inclinándose sobre su lecho, y al no percibir signos de vida avisó rápidamente al médico de la Residencia, que certificó el fallecimiento de Andrés por paro cardíaco mientras dormía.

El corazón del viejo pínfano había dejado de latir, y en aquel triste amanecer se hizo un silencio sepulcral.